

Los ojos de la fe

Dr. Justo L. González



FTE: Programa de verano
Clausura
1994

Los ojos de la fe

Hace unos días, uno de los participantes del Programa Hispano de Verano trataba de decirme lo que había significado para él esta experiencia. “Usted no entiende”, me decía. Déjeme explicarle. Hace unos años descubrimos que mi hijo casi no veía. Nosotros no nos habíamos dado cuenta. Pero su maestra nos sugirió que lo lleváramos al doctor. Nunca me olvidaré de la primera vez que se puso los espejuelos. Empezó a reírse, y corría de un lugar a otro para tocarlo todo. Era como si el mundo fuera nuevo. Eso es lo que me ha pasado a mi estas dos semanas. Estoy viendo cosas que antes no podía ver.

Sus palabras me recordaron una historia que aparece en II Reyes 6.

La vista es un sentido importante. Pero no todos ven lo mismo. Lo que es más, no todos ven con los mismos ojos.

En cierto modo, esta ha sido repetidamente la experiencia de los creyentes. Rodeados de enemigos al parecer invencibles, los ojos de la fe ven más allá que los ojos de la carne, y ven que, como diría Eliseo “más son los que están con nosotros que los que están con ellos”.

El pequeño David, frente al gigante filisteo, no ve solamente a Goliat, sino ve también a Yahvé, quien le ha dado victoria sobre el oso y el león, y se la dará también sobre Goliat.

Esteban, el primer mártir cristiano, en el momento mismo en que le apedrean, rodeado de enemigos empeñados en darle muerte, “puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios. Y dijo: «He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios»”. ¿Qué veían los demás, sino un pobre diablo, acusado de blasfemia, sangrando y a punto de morir? Pero Esteban, puestos los ojos en el cielo, vio otra cosa. Vio que más eran los que estaban con él que los que estaban con ellos.

Eso es la fe. Como diría el autor de Hebreos, “la convicción de lo que no se ve”; ver lo que los ojos de la carne no ven, pero que no por eso es menos real.

Hace muchos años, me enseñó mi padre un poema de Campoamor—un poema que a su vez le enseñó a él su padre, mi abuelo. El poema trata sobre un general y su ayudante abandonados en el campo de batalla, ambos gravemente heridos:

Dejó un proyectil perdido,
de una batalla al final,
junto a su asistente herido,
medio muerto a un general.

El general es ateo y cínico. El asistente es creyente fervoroso. Mientras el asistente invoca a Dios, el general maldice. Por fin, al caer la tarde, el general levanta la vista y ve los buitres dando vueltas en el cielo, y dice:

Ya hay buitres en derredor
que nos quieren devorar.

A lo que el asistente responde:

¡Son los ángeles, señor,
que nos vienen a salvar!

Y el poeta comenta:

Y ambos decían verdad,
pues a menudo se ve
que halla buitres la impiedad
donde halla ángeles la fe.

Donde los ojos de la carne ven buitres, los de la fe ven ángeles. Donde los ojos de la carne ven ejércitos numerosos, los de la fe ven ejércitos todavía más numerosos. Donde los ojos de la carne ven un pobre hombre herido y apedreado, los de la fe ven los cielos abiertos, y a Jesús sentado a la diestra de Dios.

Es por esto que en Juan 5 Jesús les dice a sus discípulos: «¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega». Jesús no les está diciendo a sus discípulos que basta con mirar para ver que los campos están blancos para la siega. Jesús y los discípulos no se encuentran, como podríamos imaginarnos, frente a un campo lleno de espigas maduras. No. Faltan todavía cuatro meses para la siega. Con los ojos de la carne, los discípulos ven lo que todos los demás ven: que faltan cuatro meses para la siega, que la semilla apenas comienza a germinar. Que apenas sobre los surcos asoma un verdor. Eso puede verlo cualquiera con solo mirar. Pero eso no es lo que Jesús les pide a sus discípulos. Les dice al contrario que si levantan la vista más allá de lo que los ojos ordinarios pueden ver, verán otra realidad. Verán, tras ese verdor que apenas asoma sobre los surcos, los campos blancos para la siega, la realidad que ha de ser, la realidad

que ha de dominar sus propias vidas.

Y lo mismo resulta con nosotros hoy. Si miramos estos campos de Puerto Rico, de Texas y California, esos campos asfaltados de Nueva York, Chicago y Boston, nos parece que sólo hay un ligero verdor sobre la tierra. Que apenas unas pocas semillas empiezan a germinar. Y hasta esas semillas están amenazadas por mil dificultades. Si miramos con los ojos naturales, ¿qué vemos? Vemos un pueblo que sufre y clama. Vemos obreros campesinos, explotados con bajos pagos, y hasta envenenados con herbicidas e insecticidas. Vemos una muchedumbre cruzando la frontera; asustados; esperanzados; perseguidos; explotados. Y, quizá lo más triste de todo, vemos otros de entre nuestro pueblo que han logrado salir adelante, y que ahora tratan de olvidarse de sus orígenes humildes, del pueblo sufriente de donde salieron, y viven como si todo en la vida fuera aprovechar la buena fortuna que les ha tocado.

Al mirar esos vastos campos de Puerto Rico y de Texas, esos campos urbanos de Nueva York y Los Ángeles, esos centenares de pueblos, de colonias, de campos, donde todavía hay tanto que hacer, tenemos que confesar que nos hace falta que Dios nos abra los ojos para que veamos. Para que veamos, como el criado de Eliseo, que son más los que están con nosotros que los que están contra nosotros. Para que veamos, como Esteban en el momento de la muerte misma, que los cielos están abiertos, y Jesús, nuestro amigo, hermano y compañero, está sentado a la diestra del poder soberano de Dios. Para que veamos, como Jesús les dice a sus discípulos, que aunque al parecer no haya más que un ligero verdor sobre la tierra, en realidad los campos

están blancos para la siega.

Lo que es cierto de esos vastos campos que son Puerto Rico, California y hasta Canadá, es también cierto de este otro campo que son nuestras propias vidas.

Cuando por las mañanas me miro al espejo, con los ojos de la carne veo las canas y las huellas que el tiempo ha ido dejando en mi rostro.

Cuando en las tardes tristes me miro al espejo de la conciencia, veo mi pecado, mis fracasos, mis debilidades, mis inconsecuencias, mi desidia; veo lo que pude haber hecho y no he hecho, lo que pude haber sido y no fui.

Pero cuando, ya sea en las mañanas soleadas o en las tardes tristes, me miro al espejo de Dios, me veo como Dios me ve. Me veo hijo de Dios, destinado a reinar con Dios en gloria. Me veo redimido, creado de nuevo, limpio de pecado, más allá de toda arruga y de toda corrupción.

Porque, como dice San Pablo en su Epístola a los Colosenses, «nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Y cuando Cristo, nuestra vida, se manifestare, entonces nosotros también seremos manifestados con él en gloria».

Porque es así que Dios nos ve. Dios conoce nuestro pecado y nuestra corrupción. Los conoce mucho mejor que nosotros mismos. Dios no puede ser engañado. Pero, en su amor y su gracia,

Dios prefiere vernos, no como somos, sino como hemos de ser como hijos e hijas suyos, redimidos por la sangre del Cordero, vestidos de vestiduras blancas de victoria, meciendo palmas de alegría. Y, porque lo que Dios ve es lo que es, eso es lo que hemos de ser.

Cuando nos miramos al espejo de Dios y de su gracia soberana, nos vemos como Dios nos ve. Nos vemos como Dios nos promete que hemos de ser: «porque cuando esto corruptible sea vestido de incorrupción, entonces lo que es en parte pasará». Porque «ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara en cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido».

Al espejo de Dios vemos que más allá de estas canas y de estas arrugas, que más allá de este pecado y de esta corrupción, más allá del dolor y hasta de la muerte, está nuestro verdadero ser, nuestro verdadero futuro, la promesa inmarcesible de la gloria de Dios.

Y, ¿qué requiere Dios a cambio de esta visión? Sencillamente que nosotros también veamos al mundo como Dios lo ve: no solamente en su corrupción, en sus fracasos, en su injusticia, sino también en su gloria y en su promesa.

Lo que Dios requiere es que nosotros, campos secos en los cuales ha brotado la flor de su amor, miremos esas otras vidas secas a nuestro derredor—vidas al parecer destruidas por el pecado y hasta por el vicio, pero vidas que, como las nuestras, están escondidas con Cristo en

Dios. Que veamos las flores que Dios quiere hacer florecer en esos campos resecos. Que amemos esos campos resecos que, como nosotros, pueden dar tales flores.

Tal es la visión de la fe.

Pero lo más notable es que, cuando miramos a nuestro derredor, no ya solamente con los ojos de la carne, sino con los ojos de la fe, cosas maravillosas suceden. Lo que no era sino sequedad se vuelve jardín florido.

Los sirios que vinieron a invadir a Israel acaban siendo alimentados por sus enemigos. ¿Por qué? Porque Eliseo podía ver que eran más los que estaban con él que los que estaban con ellos.

Saulo, que sostenía las ropas mientras la multitud enfurecida apedreaba a Esteban, se volvió en el gran apóstol a los gentiles. ¿Por qué? En parte, porque Esteban vio los cielo abiertos, y a Jesús sentado a la diestra de Dios.

El poema que me enseñó mi padre continúa, hasta que por fin el general puede ver lo que ve su asistente, y la poesía termina:

Y, como era ya un creyente,
pasó lo que es natural;
que abrazado a su asistente,
subió al cielo el general.

Alcemos los ojos, mis hermanos. Alcemos los ojos, mis hermanas. Porque son más los ejércitos celestiales que están con nosotros que todos los poderes que se nos oponen. Alcemos los ojos, y veremos los cielos abiertos, y a Jesús sentado a la diestra de Dios. Alcemos los ojos, y veremos que estos campos de Chicago y Puerto Rico están blancos para la siega. Alcemos nuestros ojos. Y con nuestros ojos alcemos nuestras plegarias. Y con nuestros ojos y nuestras plegarias alcemos también a California y Puerto Rico, a Texas y Chicago, a Boston y Nueva York, llevándolos hasta la presencia misma de Dios, como Eliseo llevó a los sirios hasta Samaria, como Esteban llevó a Saulo hasta Jesús, como el asistente se llevó consigo al general.

Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.

